

POBREZA Y EMPLEO EN ÁFRICA SUBSAHARIANA: MITOS Y REALIDADES

Carlos Oya
John B. Sender

Introducción: la génesis del interés por la pobreza en África

El continente africano se continúa asociando normalmente con la imagen de pobreza y miseria. Sin duda, se considera la región más pobre del mundo en términos absolutos y relativos. Las agencias más importantes en el campo del desarrollo internacional continuamente corroboran esta imagen con datos surtidos. La imagen típica que las instituciones presentan es la de una África predominantemente pobre y rural. Como reza un portal del IFAD «la pobreza en África es predominantemente rural. Más del 70% de los pobres del continente viven en zonas rurales y dependen de la agricultura para alimentarse y sobrevivir»¹. Un informe de la UNECA presenta la imagen a la que nos hemos acostumbrado desde que la reducción de la pobreza absoluta se ha convertido en el nuevo eslogan del *establishment* de estudios del desarrollo y de la cooperación internacional. El informe dice lo mismo que cientos de otros informes: «África Subsahariana tiene la incidencia de pobreza más alta del mundo y, a diferencia de casi la mayoría de las regiones del mundo, la pobreza en África ha ido creciendo en la última década» (UNECA, 2005, p. 91). El Banco Mundial incide en esta visión negativa, aunque siempre intentando ofrecer ejemplos de tendencias positivas donde los haya y especialmente donde se postula que las reformas económicas han tenido éxito, como suele ocurrir cuando se habla de reducción de la pobreza en países como Uganda y Mozambique².

Los datos oficiales publicados por el Banco Mundial (BM) indican que África Subsahariana tiene una incidencia de pobreza absoluta de casi el 50% de la población, tomándose como línea de pobreza internacional un ingreso diario de un dólar «interna-

¹ <http://www.ruralpovertyportal.org/english/regions/africa/index.htm>.

² Véase Banco Mundial (2000).

cional» (en términos de la paridad de poder de compra)³. Muchos países africanos tienen a más del 50% de la población viviendo por debajo de un umbral nacional absoluto de pobreza definido en términos de los precios y bienes característicos de cada país (véase gráfico 1). Según las agregaciones efectuadas por el BM basándose en una línea de pobreza internacional, los indicadores de pobreza han ido empeorando desde 1981 (primer año para el que hay estimativas) hasta finales de los 90, en que empieza a apreciarse una muy ligera mejoría, dejando los niveles de pobreza más recientes casi iguales a los de 1981 (véase gráfico 2)⁴. Se espera que la incidencia de la pobreza absoluta se reduzca ligeramente, a poco menos del 40% pero, dado el crecimiento demográfico proyectado para el mismo periodo, este relativo estancamiento implicaría un aumento considerable en términos *absolutos*; es decir, que la mayor parte del aumento del número de pobres en el mundo se dará en África. En varios informes el Banco Mundial reconoce que el número de pobres africanos ha aumentado en un tercio desde 1990 hasta hoy.

Al mismo tiempo, las mismas agencias internacionales y numerosísimas publicaciones repiten una y otra vez que el desempleo y la economía informal han ido creciendo en la mayoría de los países, aunque en lo referente a desempleo el «consenso» es mucho menos claro. A menudo se pone énfasis en el problema creciente del desempleo juvenil en zonas urbanas y su relación con una mayor conflictividad y criminalidad (Godfrey, 2003). Los campos de análisis de la pobreza y el empleo han quedado un tanto desconectados, a pesar de la relación evidente que existe entre estos dos aspectos del desarrollo en África. Lo cierto es que mientras que la problemática de la pobreza y su medición han ocupado muchísimo más espacio en la literatura y los fondos de la cooperación, la problemática del empleo ha quedado en un segundo plano y crecientemente centrada en cuestiones de informalidad⁵.

A pesar de que «pobreza» y África están íntimamente ligadas en la reciente producción intelectual sobre desarrollo, no ha sido siempre así. De hecho, el énfasis sobre la pobreza absoluta o relativa y la idea de la reducción de la pobreza como objetivo prioritario son relativamente novedosos. Antes de entrar en cómo se concibe este fenómeno hoy, es preciso explicar cómo surgió el tema en sí y cómo fue tratado en el pasado. Como explica Nelson (1999, p. 1), la pauta general consistía en anali-

³ La *incidencia de la pobreza absoluta*, sin duda el indicador más utilizado en este campo, refleja la proporción de la población (nacional, regional, mundial) que vive con un nivel de consumo per cápita inferior a un umbral mínimo (línea de la pobreza) establecido (nacional o internacional). Otros indicadores (menos utilizados) son la profundidad (*poverty gap*), que indica la distancia del consumo medio de los pobres de la línea de la pobreza (y por tanto una medida de lo que se precisa como media para sacar a los pobres de su estado de pobreza absoluta) y la severidad (*square poverty gap*), que es una medida sensible a la distribución del consumo entre los que están por debajo de la línea de la pobreza, y refleja en cierto modo cuán pobres son los más pobres.

⁴ Desde la perspectiva de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, esta evolución se presenta obviamente como un fracaso.

⁵ El BM, por ejemplo, ha producido muchísimo más material sobre pobreza en África que sobre empleo y el nexo pobreza-empleo no se ha analizado con la intensidad que correspondería a su importancia (Osmani, 2003). En cierto modo, la obsesión por la pobreza en detrimento de las condiciones de empleo recuerda a tendencias semejantes en la Inglaterra del s. XIX, cuando «la asistencia a los pobres» atraía más atención que la condición de los trabajadores (Wuyts, 2001).

zar esta región en claves de su «ruralidad» y atraso relativo, y no tanto de la pobreza *absoluta*. Uno de los factores para esta ausencia de la «pobreza» como foco de atención fue la ausencia de definiciones generalmente aceptadas, especialmente en contextos donde las privaciones eran generalizadas (Ghai y Radwan, 1983). La otra razón apuntada por Nelson (1999) e Iliffe (1987) era la persistencia del mito romántico del «África feliz», donde apenas existía diferenciación social, los recursos naturales eran abundantes y disponibles para las «comunidades» y las redes de familias y clanes cuidaban de los más necesitados. Estos mitos, por absurdos que puedan parecer a los conocedores de la diversa y compleja realidad africana (pretérita y contemporánea) aún persisten en el imaginario de muchos de los que se preocupan por los problemas del desarrollo en África, especialmente aquellos que, desde una perspectiva posmoderna o posdesarrollista, celebran la «autenticidad» y «viabilidad» de las tradiciones africanas.

La cuestión de la «pobreza» como objeto de análisis y de *lobbying* en el mundo de la cooperación internacional al desarrollo se fue estudiando en particular a partir de los años 90. No cabe duda de que se había hablado de pobreza en muchos escritos sobre desarrollo en África anteriormente, y especialmente en las muchas críticas del ajuste estructural, que destacaban los costes sociales de las políticas neoliberales y de austeridad de los años 80 (Cornia *et al.*, 1987). No obstante, las referencias a la «creciente pobreza» se hacían a menudo en vacío, sin un soporte empírico suficientemente sólido. Curiosamente el BM fue una de las instituciones que más iniciativa y recursos invirtió en colocar a la «pobreza» en el centro de atención (Hanmer *et al.*, 1999). Uno de los primeros signos fue la publicación del informe sobre pobreza mundial en 1990, en un momento estratégico, cuando más críticas llovían sobre los nefastos efectos sociales de los planes de ajuste estructural, especialmente en África Subsahariana y América Latina. A partir de ahí el BM se lanzó a una operación ideológica multimillonaria para tratar de contrarrestar esas críticas, a través de un programa de investigación dedicado a las definiciones de la pobreza y, sobre todo, a las estimaciones empíricas de su incidencia en los países en desarrollo (Sender, 2002). Como parte de esta iniciativa, desde finales de los años 80, primero en el marco de los programas de *Dimensiones Sociales del Ajuste*⁶ y más adelante como parte del programa de investigación sobre pobreza absoluta, se fueron organizando varias encuestas nacionales de consumo y bienestar⁷, diseñadas para conseguir determinar líneas de pobreza nacionales y, por tanto, tasas de incidencia de la pobreza absoluta. Desde entonces y simultáneamente, el BM dedicó también recursos a calcular líneas internacionales de pobreza absoluta, el famoso dólar al día, que sirvieron como referencia para las comparaciones interregionales que han guiado buena parte de los debates internacionales sobre prioridades del

⁶ El programa *Social Dimensions of Adjustment* (1987-992) fue una iniciativa del Banco Mundial que señalaba el inicio de sus trabajos para tratar las implicaciones sociales de las reformas macroeconómicas. Un componente básico de este programa fue el refuerzo de los sistemas nacionales de estadística, con vistas a generar nuevos datos para monitorear indicadores sociales y de pobreza. Para más información ir a <http://www.worldbank.org/afr/findings/english/find08.htm>

⁷ Conocidos por las siglas en inglés de LSMS (*Living Standards Measurement Surveys*). Véase en <http://www.worldbank.org/LSMS>

desarrollo⁸. La idea era generar bases de datos que, por un lado, permitieran establecer comparaciones entre regiones y países, para determinar donde se daban las necesidades más acuciantes, y por otro, se fueran actualizando, para así evaluar los efectos de las políticas económicas sobre la pobreza, absoluta y de acuerdo con otros indicadores. Así se podría argumentar con base en datos estadísticos supuestamente representativos de las realidades nacionales africanas y trascender las generalizaciones derivadas de microestudios o impresiones de críticos.

Además de algunos problemas metodológicos y planteamientos sesgados en el diseño de tales encuestas nacionales, que repasaremos brevemente en este capítulo, existen determinadas orientaciones que subyacen en buena parte del trabajo empírico más influyente del BM y otras instituciones afines. En general la mayoría de los análisis sobre la pobreza en África, especialmente los llevados a cabo por el BM o instituciones afines, se han basado en una idea de la pobreza como fenómeno *residual*, esto es, como la parte de la población que no se ha integrado en la economía nacional/mundial o que no se ha montado en el carro de la globalización. La salida, por tanto, se ve en términos de integración en los circuitos de acumulación de capital y de creación de empleo mundial. Sin embargo, hay otra forma de considerar la pobreza a escala mundial. Esto es, en términos *relacionales*, como un fenómeno que acompaña a otros, incluso como instrumento de determinados procesos. En este sentido, la pobreza y la pauperización podrían ser vistas como procesos relacionados con la globalización actual y con el régimen de acumulación existente en este momento histórico específico. Las diferencias entre estos dos planteamientos son metodológicamente muy importantes e implican formas diferentes de analizar los actuales procesos de globalización neoliberal y desarrollo desigual, con todas sus contradicciones. La pobreza, como el desempleo, pueden aparecer como aspectos inherentes y efectos de la propia expansión mundial (y nacional) del capital. Y, en este sentido, es preciso dar una mirada a la pobreza desde una perspectiva histórica.

Breve historia de la pobreza y los pobres en África

Como señala Nelson (1999), no se sabe mucho de la incidencia y naturaleza de la pobreza en los periodos precoloniales y coloniales e incluso en las primeras décadas después de la independencia de la mayoría de países subsaharianos⁹. Para el periodo precolonial y colonial la mejor fuente es el libro de Iliffe (1987), que por primera vez elaboró una «historia de los pobres» en África. En su trabajo, Iliffe articula su presentación alrededor de la distinción entre los «muy pobres» (pobres *estructurales*) y los «pobres ordinarios» (también *coyunturales*). Esta distinción es importante, teniendo en cuenta que, a pesar de que la impresión típica sea la de pobreza

⁸ Las metodologías utilizadas y la sensibilidad de los datos ante cambios pequeños en los métodos han sido criticadas por numerosos estudios. Véase especialmente la serie de documentos publicados por Reddy y Pogge en <http://www.socialanalysis.org> y las respuestas de Ravallion.

⁹ Ghai y Radwan (1983) confirman la falta de datos consistentes y comparables hasta inicios de los 80.

generalizada¹⁰, es necesario desagregar, pues hay diferencias muy importantes entre varias formas de pobreza, tanto por su naturaleza como por su intensidad. La mayoría de las fuentes parecen señalar que los «muy pobres» eran víctimas de la inseguridad y de desgracias puntuales, por lo que la incidencia de formas de pobreza extrema variaba mucho en el tiempo y el espacio.

En muchos casos la pobreza rural estaba asociada a formas de coerción extraeconómica, que hacían que las clases dominantes (a menudo residentes en las primeras aglomeraciones «urbanas») extrajeran una parte importante de los rendimientos de la producción agrícola (a veces hasta la mitad) de los cultivadores de la tierra, a menudo a través de pagos en oro, como en el caso de la Costa de Oro, o en servicios de trabajo forzado (*ibid.*, p. 49). Por otro lado, la enfermedad, el escaso apoyo familiar y la pobreza individual, especialmente de mujeres, niños y ancianos, aparecían frecuentemente vinculados entre sí en un variado grupo de sociedades en fase de penetración colonial, de acuerdo con los archivos históricos disponibles. Pero en las aglomeraciones (protourbanas) los más pobres eran los trabajadores asalariados casuales (despreciados por todos), los sirvientes peor pagados, los porteadores de agua y los carboneros (*ibid.*, p. 50). En el siglo XVII, además de la importante incidencia de esclavos, especialmente en zonas rurales, hay evidencia de bandidaje y prostitución, especialmente en áreas donde la presión de la extracción de rentas por las clases dominantes y colonos pioneros fue más acusada. Otros archivos sobre pobreza en ese periodo se centran más en los «pobres» como desamparados, sin familia (abandonados por motivos varios, a veces relacionados con supersticiones o desgracias familiares) y, especialmente en sociedades con mayor implantación islámica en África Occidental, asociando automáticamente la idea de «pobre» a la mendicidad y la falta de «redes familiares».

La evidencia de proletarización y su impacto en los más pobres es clara en el siglo XVIII en Ruanda (Vidal citado por Iliffe, 1987, p. 61). La incidencia de esta «clase» era ya muy significativa. Alrededor de la mitad de la población rural estaba formada por trabajadores eventuales (jornaleros), que dependían de la comida suministrada por los agricultores para su supervivencia. Ya hay señales ahí de la estigmatización de este tipo de trabajo y de la forma en que estos trabajadores eran despreciados, incluso haciéndoseles culpables de su propio destino. Se señala, por ejemplo, que las primeras ciudades coloniales eran entornos terribles, donde la miseria y la explotación eran moneda corriente, incluso durante el periodo en que gozaron de cierta prosperidad, antes de la Primera Guerra Mundial (GM). Después de la I GM las condiciones empeoraron y se dieron los primeros signos de desempleo urbano y caída de salarios reales. En este momento la categoría «desempleo» comienza a adquirir cierta importancia, lo que es reflejo de que la relación salarial convencional se empezaba a implantar en algunas zonas urbanas y plantaciones africanas. El siguiente periodo de prosperidad en zonas urbanas se dio en los años cincuenta, cuando el África colonial entró en el «periodo de compasión» y las in-

¹⁰ Impresión corriente hoy día entre muchos interesados en África pero también en el pasado, como muestra Iliffe (1987) entre misioneros y exploradores.

versiones en infraestructuras y creación de empleo productivo se multiplicaron (Hugon, 1999). Ante la amenaza de inestabilidad y revueltas independentistas, las administraciones coloniales crearon más oportunidades de empleo, legalizaron los sindicatos en varias zonas de África, y permitiendo la institución de salarios mínimos y otras formas de protección de los trabajadores, principalmente en las ciudades (Ilfie, 1987, p. 171). Las conexiones entre pobreza y condiciones de trabajo, así como su condición de producto de las bajas remuneraciones fueron sustituyendo a la consideración de la pobreza como resultado de la desgracia personal y el desamparo, o de la incapacidad para trabajar, más comunes en la época precolonial. En el periodo colonial tardío, y en los dos primeros decenios postcoloniales, la preocupación por la creación de empleo, la «africanización» del mismo (especialmente en los países donde había colonos blancos) y el aumento de los salarios superaba con creces la presencia de la problemática de la pobreza, hasta que, con las reformas económicas iniciadas en los 90, la «pobreza» volvió al centro de la atención.

Mitos y estadísticas sesgadas sobre la pobreza en África

Como hemos señalado, en los últimos veinte años los estudios sobre pobreza en África se han multiplicado. En este proceso, las críticas a los programas de ajuste estructural (PAE) y liberalización, especialmente las que se centraron en los costes sociales de los mismos, fueron sembrando el terreno para que fueran multiplicándose los estudios sobre la pobreza en África. Un frente de batalla prioritario en el que el BM y otras agencias e instituciones académicas tomaron posiciones fue el de la generación de estadísticas sobre pobreza. Así, el BM y varios donantes bilaterales se embarcaron en un proceso de financiación de encuestas de población diseñadas para recoger datos precisos sobre consumo familiar¹¹. A lo largo de los años 90 se realizaron muchas encuestas de este tipo¹² y las bases de datos resultantes fueron analizadas por una multitud de economistas y estadísticos, generalmente preocupados por tres cuestiones: a) estimaciones de los niveles y de la severidad de la pobreza en cada país y a escala global (tasas de incidencia); b) creación de «perfiles nacionales de pobreza», en los que se presentaban las características principales en la distinción «pobre-no pobre» y se analizaban los determinantes de la incidencia (o condición de «pobre»); c) análisis de las tendencias, comparando resultados de encuestas sucesivas. Como el desfase entre la mayoría de las encuestas en un mismo país era de 5-6 años, hoy ya hay varios países

¹¹ El consumo (convertido a un valor monetario una vez imputado el valor de mercado de la producción autoconsumida) era preferible al ingreso familiar por la excesiva variabilidad de este último a lo largo de un año y la escasa fiabilidad de los datos del mismo, especialmente entre las clases sociales más ricas. El indicador de consumo se supone más estable y fiable y, por tanto, más apropiado como indicador de bienestar material familiar e individual (Deaton y Paxson, 1998).

¹² Véase el portal <http://www4.worldbank.org/afr/poverty/databank/survnav/default.cfm> para listas de todas las encuestas realizadas en cada país. Nótese que la información difundida en este portal tiene siempre un desfase de unos 2-3 años, tiempo en el que las agencias estadísticas nacionales monopolizan el acceso a las bases de datos.

que tienen más de dos encuestas de población centradas en la estimación del consumo, del nivel de pobreza y sus determinantes.

Desde entonces se abre un campo de batalla de datos e ideas entre los que querrían mostrar que la pobreza no está aumentando, o incluso disminuye una vez que los efectos de las reformas van madurando, y los que, detractores de las reformas, se empeñan en que la pobreza y sus indicadores adyacentes van empeorando. Así, las discusiones metodológicas se centran a menudo en aspectos cuantitativos, como los niveles concretos de pobreza (si afecta a un 40% o un 60% de la población y cosas así) o las tendencias (si la incidencia de la pobreza absoluta aumentó o disminuyó).

El hecho de que, desde el principio, en el caso de África, estos debates se centraran en el concepto de «pobreza absoluta» en lugar del de «pobreza relativa» reflejaba dos cosas. Primero, en muchas partes de África los niveles de privación eran y son tales que, como mínimo, la prioridad debe ser la de erradicar o reducir rápidamente la población que vive debajo del umbral de pobreza, o sea, que apenas llega a satisfacer sus necesidades mínimas. Segundo, la apreciable falta de interés por la «pobreza relativa» también refleja la falta de consideración de las desigualdades económicas y sociales y de la necesidad de políticas redistributivas. Sólo recientemente el BM se ha lanzado a poner la desigualdad, fundamentalmente en torno al acceso a activos, en primer plano y como colofón a años de trabajo sobre la «pobreza absoluta»¹³.

Con los avances metodológicos, la sofisticación de las técnicas utilizadas y la difusión de estudios empíricos sobre pobreza en África, se constituyó una literatura fundamentalmente empírica, muy abundante, especialmente para algunos países que han sido estudiados con más intensidad (caso de Uganda, Tanzania, Mozambique, Costa de Marfil, etcétera). De esta literatura se han desprendido varias ideas y «hechos estilizados» sobre la pobreza en África, que han sido muy influyentes a la hora de definir las prioridades en términos de políticas de reducción de la pobreza, como las contenidas en los PRSP (*Poverty Reduction Strategy Papers*), que han sido elaborados por la gran mayoría de los países africanos desde 1999, cuando se lanzó la iniciativa HIPC (países pobres y fuertemente endeudados) de alivio de la deuda.

Desgraciadamente, la mayor parte de la literatura empírica sobre pobreza en África, que tanto se ha expandido en los últimos diez años, presenta varios problemas metodológicos, empíricos y analíticos. La constante réplica de métodos y encuestas se ha asociado también a una constante repetición de lugares comunes, o visiones «comúnmente aceptadas», sobre la naturaleza de la pobreza en África, su magnitud y su relación con otras variables del desarrollo. A continuación damos algunos ejemplos de estos lugares comunes que, desde perspectivas diferentes, resultan ser más mitos que realidades o simplemente sesgan excesivamente el análisis de las características y los determinantes de la pobreza.

¹³ El Informe de Desarrollo Mundial del BM en 2006 se dedicó al tema de la desigualdad, que se trató como parte de la línea de investigación y estrategias sobre pobreza y crecimiento «propobre» (en que los pobres se benefician de manera desproporcionada).

1) *La gran mayoría de la población es desesperadamente pobre, la pobreza es generalizada.*

Según un buen número de estudios y artículos periodísticos la mayoría de la población en los países africanos vive en un estado de pobreza absoluta y de desesperación. El dato de más de un 40% en términos agregados para AS y de más de 60% para algunos países, lleva a muchos a analizar la pobreza como un fenómeno generalizado y no diferenciado, además de que se suele ignorar el importante colectivo de población definida como «no pobre». Sin embargo, una mirada a los datos oficiales deja claro que hay diferencias sustanciales en incidencia relativa de la pobreza absoluta entre países (véanse gráficos 1 y 3). Estos gráficos muestran que, a pesar de que la media *agregada* sea elevada, las diferencias entre países son muy acusadas, especialmente cuando se utiliza una medida internacional para comparaciones en términos absolutos (gráfico 3). Los estándares de pobreza nacionales en cierto modo son «relativos» pues se adaptan a las cestas de la compra vigentes y aplican precios diferentes, y las definiciones no son las mismas para distintos países africanos, por lo que las comparaciones entre países son siempre problemáticas (Hanmer *et al.*, 1999). Dentro de algunos países las diferencias en los indicadores de pobreza por provincias, zonas rurales o urbanas y clase de empleo son también enormes. Por ejemplo la incidencia de la pobreza en algunas provincias de Mozambique, en 2003, alcanzaba el 80% de las familias, mientras que en otra estaba alrededor del 45% (MPF *et al.*, 2004). Incluso en estudios a menor escala se muestra que, a pesar de la clara imagen de pobreza generalizada que se desprende de las muestras de familias e individuos, existen niveles de diferenciación muy significativos que implican una heterogeneidad importante dentro del grupo de «pobres» (Sender y Smith, 1990, p. 27). A pesar de ello, la imagen de pobreza generalizada persiste.

Estas imágenes de pobreza uniforme y generalizada derivan de la dependencia de unos pocos indicadores de pobreza (incidencia) y la confianza en el consumo per cápita como medida de bienestar preferida¹⁴. Hay muchos estudios que han destacado la multitud de problemas asociados a la recogida de datos sobre consumo familiar y las extrapolaciones realizadas para estimar indicadores de pobreza (Sender *et al.*, 2005; Palmer y Sender, 2006, p. 4). Los errores de medida son sustanciales y, lo que es peor, van cambiando con el diseño de las encuestas (y los avances en su implementación) y según países. Pequeñas modificaciones en las preguntas sobre consumo (los días que es preciso recordar) en el instrumento de encuesta (el tipo de pregunta o las opciones de respuesta para una misma pregunta), el tipo y calidad de formación de los encuestadores, los instrumentos puestos a disposición de los mismos (si usan escalas o no, por ejemplo), entre otros factores, hacen que el error de medida varíe de forma no aleatoria entre encuestas y que diferencias en las incidencias de pobreza calculadas en base al consumo per cápita no sean estrictamente comparables entre encuestas orga-

¹⁴ Como señalan Hanmer *et al.* (1999, p. 798), a pesar de la retórica sobre el carácter multidimensional de la pobreza, que aparece a menudo en informes del BM y estudios sobre África, «los perfiles de pobreza en casi todas las evaluaciones-estudios están elaborados con base en ingreso (o consumo)».

nizadas en años diferentes en un mismo país (Sahn y Stifel, 2000, p. 2123). Esto hace que las comparaciones intertemporales y entre países no sean fiables. En cambio, métodos alternativos, como la utilización de índices de activos/posesiones básicas, parecen más adecuados para: (a) reducir los errores de medida; (b) facilitar comparaciones intertemporales; y (c) desagregar entre los «pobres» de manera más consistente y con una mayor correlación con otras medidas de bienestar, principalmente en aspectos de educación y salud¹⁵.

2) *La prioridad para la cooperación al desarrollo y los gobiernos africanos es reducir la incidencia de la pobreza absoluta, lo que puede equivaler a mejorar las condiciones de vida de **cualquiera** que viva por debajo del umbral de la pobreza absoluta.*

Del sesgo anterior se derivan unas recomendaciones de políticas que se han obsesionado con un indicador: la incidencia de la pobreza absoluta. El análisis de la pobreza gira en torno a este indicador y se presentan todo tipo de argumentos sobre si ésta o aquella política o si éste o aquel crecimiento son más o menos favorables a los pobres, siempre en relación al impacto sobre la incidencia de la pobreza. En general, la reducción de la incidencia de la pobreza absoluta, aunque sea desde niveles elevadísimos (como 70% en Mozambique y Zambia), se celebra como un logro extraordinario por los gobiernos y sus aliados de las agencias de cooperación.

Este indicador es intrínsecamente estático y, como hemos señalado antes, las comparaciones intertemporales son de escasa fiabilidad. Hay escasa literatura sobre la *dinámica* de la pobreza en África, es decir, los patrones de «entrada» o «salida» del estatus de «pobre» y su correlación con cambios económicos sociales a corto y medio plazo. Dado que en muchos países la pobreza absoluta aparece como generalizada, y en algunos, como Uganda o Mozambique, se muestra evidencia empírica de una caída de su incidencia, lo que realmente interesa es qué familias y grupos sociales escapan del estatus de pobre y cuáles en cambio se tornan pobres y cuáles son los mecanismos de «entrada» y «salida». En una colección de artículos sobre este asunto, publicados recientemente en el *Journal of Development Studies*¹⁶, se presentan datos que indican un nivel elevado de movimientos de familias *alrededor* de la línea de la pobreza (*churning*). En parte esto se debe al hecho de que familias que viven con un consumo cercano o no muy alejado de la línea de pobreza, pueden verse afectadas por *shocks* temporales (positivos o negativos) que inciden directamente en su nivel de consumo a corto plazo y les hace cambiar automáticamente de estatus (Hoddinott, 2006). Se dice de muchos de estos hogares que se encuentran en un estado de *pobreza transitoria*. En realidad esto indica lo problemático que es definir un umbral que sea analíticamente útil y no arbitrario (Hanmer *et al.*, 1999), especialmente en contextos don-

¹⁵ Esta solución metodológica no es la única, pero se ha confirmado muy útil a la hora de diferenciar entre los pobres y mejorar la calidad de las clasificaciones por estatus socioeconómico. Algunas encuestas, como los *Demographic and Health Surveys* (DHS), utilizan estos índices de bienestar con éxito, así como numerosos estudios a nivel micro (Sahn y Stifel, 2000; Sender y Smith, 1990; Gwatkin y Rutstein, 2000).

¹⁶ Véase especialmente Peters (2006) y Hoddinott (2006).

de la pobreza resultante es generalizada. Sería quizá más conveniente establecer, cuando menos, diversos umbrales alternativos, que permitan agrupar a las familias en categorías relativamente más homogéneas que las de «pobres» y «no pobres»¹⁷.

Un factor crucial y frecuentemente ignorado es que los niveles de *desigualdad* en África Subsahariana son muy elevados además de variables (entre países), para un abanico amplio de indicadores, más allá del consumo o ingreso monetario. Las diferencias en términos de mortalidad infantil, mortalidad materna, acceso a vacunas, alfabetización, nivel de escolarización, etcétera, son enormes entre grupos sociales (con recursos muy diferentes) y no siempre están asociadas de la misma manera al consumo per cápita¹⁸. Estas desigualdades difícilmente son visibles en análisis basados en dicotomías «pobre-no pobre». De hecho, debajo de la línea de la pobreza coexisten grupos sociales bastante diferenciados, a pesar de que a todos se les clasifique de «pobres», entre los que se pueden distinguir: ultrapobres o personas con niveles de consumo que rayan la inanición; pobres que están bajo constante amenaza de pasar hambre, pero cuya situación fluctúa mucho durante el año; pobres de una «clase media-pobre» cuyo consumo se ve afectado por *shocks* temporales que les hacen sobrevivir por debajo de la línea de la pobreza en ciertas ocasiones (Hoddinott, 2006); pobres que dependen de los días de trabajo que encuentran, por cuenta ajena o migrando (Sender, 2003); pobres que dependen de su propia producción agrícola y de trabajos adicionales precarios para sobrevivir (Peters, 2006); pobres que viven de pequeños negocios (comercio, artesanía, transporte) en las calles de las ciudades o aldeas vecinas; pobres con antecedentes de generaciones anteriores sufriendo siempre niveles de pobreza extrema semejantes; pobres que resultan de desastres familiares, muertes o fragmentación de haberes familiares. La lista se podría extender, demostrando que las políticas de reducción de la pobreza que se centran casi exclusivamente en la «reducción de la incidencia de la pobreza absoluta» simplifican en exceso un problema muy serio y complejo, que precisa de metodologías y enfoques más pertinentes para captar la diversidad existente entre los llamados «pobres», pues las características y circunstancias de grupos sociales diferenciados tienen implicaciones de políticas económicas y sociales también diferenciadas.

3) *Los «pobres» viven en familias numerosas y, particularmente, en familias encabezadas por mujeres.*

Uno de los resultados que se suelen repetir una y otra vez en los perfiles y análisis de la pobreza absoluta en países africanos (y en otros donde se han hecho estas evaluaciones) es que los más pobres viven en familias numerosas, con un tamaño medio mayor. Analíticamente esto se asocia a elevadas tasas de dependencia (número de dependientes que no trabajan en relación con los que trabajan), normalmente calculadas

¹⁷ Algunos países como Zambia añaden un umbral de «pobreza extrema» para distinguir a un grupo «ultrapobre».

¹⁸ Véase capítulo de Bidaurratzaga en este volumen, Gwatkin y Rutstein (2000) y Sender *et al.* (2005), para datos sobre la desigualdad en términos de muchos indicadores sociales que se asocian al estado de pobreza.

según la edad de los miembros de la familia. Así una familia numerosa con una gran proporción de niños de menos de 15 años suele tener una alta tasa de dependencia. La mayoría de estudios cuantitativos que han usado las técnicas convencionales basadas en estimaciones de consumo familiar per cápita en las encuestas nacionales presentan esta situación.

Sin embargo hay varios problemas con este resultado y la metodología subyacente. Primero, se trata de un resultado meramente *aritmético*, que resulta simplemente de la división del consumo familiar en términos monetarios (incluyendo imputación de autoconsumo)¹⁹ por el número de personas listadas en la familia, a pesar de que no se haya recogido información sobre los niveles y patrones de consumo individuales.

Segundo, en realidad la composición de las familias africanas varía mucho, así como las definiciones²⁰. En realidad, las encuestas promovidas por el BM y los gobiernos siguen pautas internacionales, que a menudo no adaptan las categorías estadísticas a las realidades de los países, y esto afecta particularmente a la concepción del agregado familiar o el «hogar» (*household*). Con frecuencia se utiliza una definición de familia nuclear (a la occidental), basada en una unidad conyugal y los familiares residentes en el mismo espacio o que comparten cocina. Esto puede derivar en sesgos importantes, porque la organización de las unidades familiares (como unidades de *producción y consumo*) en África varía muchísimo, incluso dentro de los mismos países y mismas zonas. La organización social es resultado de una compleja combinación de prácticas culturales persistentes, factores coyunturales y estructuras económicas y productivas predominantes y cambiantes. La concepción del «hogar» debe adaptarse a cada situación para que los datos cuantitativos de consumo tengan la validez estadística que se les atribuye o, de lo contrario, se introducen sesgos importantes, que afectan a las estimaciones de incidencia de la pobreza y la distribución de la pobreza entre grupos sociales determinados.

Tercero, las estimaciones de consumo per cápita (o por «adulto equivalente») plantean problemas de *economías de escala* de los bienes y servicios incluidos en la cesta y que varían de un contexto social a otro y de un periodo a otro. Hay estudios realizados para contextos asiáticos que han demostrado los significativos efectos de pequeños cambios en los supuestos sobre economías de escala a nivel del hogar, sobre todo en el tipo de familias que aparecen como más pobres²¹. Depende de los bienes y servicios que entren en la cesta de la encuesta, pero se ha demostrado que, cuando el coste relativo del alojamiento y otros bienes o servicios con características de «bien público» cambia (aumenta), afecta de manera muy diferente a familias de distinto tamaño (siendo las más afectadas las familias menos numerosas) (Lanjow *et al.*, 1998). Además, el consumo de alimentos sufre mayores subestimaciones cuanto más nume-

¹⁹ Información basada normalmente en las declaraciones de un solo miembro de la familia (el cabeza de la misma).

²⁰ Para excelentes visiones críticas sobre el uso del concepto del hogar o la familia en África véase O'Laughlin (1995) y Guyer y Peters (1987).

²¹ Pocos estudios se han dedicado a esta importante cuestión en África pero las lecciones de la literatura sobre India y Pakistán son muy relevantes (Lanjow y Ravallion, 1995).

rosa sea la familia, dado que los datos dependen de la información de un solo entrevistado en el hogar, quien puede tener una información más imprecisa cuantas más personas en el hogar (Deaton y Paxson, 1998, p. 923). Prácticamente, ninguno de los perfiles de pobreza elaborados en África han tenido en cuenta este factor y sus implicaciones (Hanmer *et al.*, 1999, p. 802). En suma, pequeñas variaciones en los supuestos sobre economías de escala del consumo familiar pueden introducir sesgos muy importantes sobre la relación entre tamaño familiar y pobreza, especialmente cuando las características demográficas varían entre clases sociales y generaciones.

Cuarto, este resultado contrasta con buena parte de la literatura antropológica sobre riqueza y características demográficas (White, 2002). De hecho, en muchas zonas africanas (especialmente rurales) es muy común que la riqueza vaya asociada con un *mayor* tamaño de la familia (y dependientes en general), mientras que las familias más pobres suelen ser de menor tamaño y dominadas por mujeres (o con escasa o nula presencia masculina). Whitehead (2006) en un estudio reciente en Ghana, no sólo presenta datos que corroboran la hipótesis de que familias más pequeñas suelen ser más pobres, y viceversa, sino que plantea que hay un elemento dinámico importante (analiza el periodo 1975-1989), pues las familias de menor tamaño suelen entrar más frecuentemente en círculos viciosos de pobreza persistentes, mientras que se daba un círculo virtuoso entre disponibilidad de trabajadores (por tamaño familiar) y riqueza. Las «trampas de la pobreza» (*poverty traps*) eran así comunes entre familias con escasa disponibilidad de trabajadores y con pocos recursos.

Finalmente, la idea de que las *familias encabezadas por mujeres* deberían ser objeto de prioridad en el ámbito de las políticas de reducción de la pobreza en África se ha ido extendiendo en los últimos decenios, a través de la repetición de una serie de lugares comunes por parte de académicos de extracciones ideológicas y metodológicas muy diferentes y de representantes de varias organizaciones internacionales que han colocado la cuestión de «género» dentro de sus ejes prioritarios. No se trata aquí de plantear que las mujeres (especialmente rurales) en África no sean discriminadas y que el poder patriarcal no sea una realidad importante en las formaciones sociales contemporáneas, ni siquiera que las familias con escasa presencia masculina no sean particularmente vulnerables²². Se trata, no obstante, de plantear que muchas de las generalizaciones asociadas a las relaciones de género y la reducción de la pobreza no pasan de ser generalizaciones problemáticas que rayan a menudo en el «mito». Sin duda algunas especialistas heterodoxas en relaciones de género en África han utilizado esta palabra (mito) para caracterizar algunos lugares comunes en este ámbito (véase O'Laughlin, 2007)²³. Es preciso, por tanto, un análisis más detallado y contextualizado de las intersecciones entre las relaciones de clase, género y de poder, para evitar generalizaciones espurias.

²² Sender (2003) indica que, más allá de las definiciones de «encabezamiento», existen vínculos claros entre género y pobreza y se pueden identificar grupos particularmente vulnerables con presencia predominante de mujeres dependientes del trabajo eventual.

²³ Uno de los más importantes es el que plantea que las mujeres son más eficientes en la producción agrícola y que simplemente una redistribución de recursos y especialmente de tierras en su favor favorecería la reducción de la pobreza rural.

Mitos y sesgos sobre la pobreza y el empleo

Mucha literatura se ha producido en torno a los vínculos entre crecimiento económico y pobreza, y la idea del crecimiento propobre en África (del que los «pobres» se benefician más que proporcionalmente). En esta relación el «nexo del empleo» es clave (Osmani, 2003). Primero, el crecimiento económico puede ser más o menos creador de empleo. En los últimos veinte años ha habido muchas instancias de crecimiento económico sin creación neta de empleo pero con mucho «*churning*» (UNCTAD, 2002). Segundo, incluso cuando el crecimiento agregado va acompañado de creación neta de empleo, éste puede estar sesgado a favor de clases menos pobres en términos relativos.

Los factores demográficos también desempeñan un papel importante a la hora de entender las dinámicas de empleo y pobreza, pero a menudo nos encontramos con generalizaciones que oscurecen la realidad diversa del África Subsahariana. Ya hemos visto algunos problemas en la definición de la unidad «hogar» y los sesgos en la correlación entre pobreza y tamaño familiar. A nivel macro, la idea de que África sufre de un problema de excesivo crecimiento demográfico debe tratarse con cautela. Si bien es cierto que la presión sobre los mercados de empleo parece haber aumentado y que la pirámide demográfica en muchos países es muy densa para la población de menos de 25 años, las tasas de crecimiento de la fuerza de trabajo difieren sustancialmente entre países. Los datos más recientes sugieren que la mayor parte del crecimiento demográfico global en África se explica por los aumentos de población en unos pocos países: Nigeria, Etiopía, Uganda, RD Congo y Tanzania. Lo mismo se puede decir de las tasas de urbanización, cuyas variaciones son realmente acusadas e indican la diferenciación entre países cada vez más urbanos y países donde la «ruralidad» es aún un rasgo básico²⁴. Además, como han señalado muchos estudios, los límites entre «urbano» y «rural», en cuanto a mercado de empleo y mecanismos de supervivencia se refiere, son cada vez más tenues (Beall *et al.*, 1999). La creciente movilidad y fluidez de la fuerza de trabajo entre varios espacios y países tiene que ver con la combinación de dinámicas diferenciadas y localizadas de reproducción social, acumulación y, en algunos casos, con la incidencia de la violencia, lo que en algunos casos ha desembocado en la aceleración sin precedentes de la urbanización y la emergencia de nuevas aglomeraciones caóticas (Lagos, Nairobi, Abidján, Kinshasa), donde el «*footloose labour*» (trabajadores irregulares en constante movimiento y sin residencia fija) es la norma.

A pesar de estas dinámicas de cambios sociales en las estructuras de empleo, así como de la compleja relación entre pobreza y empleo, la literatura convencional sobre pobreza en África tiende a reproducir varios mitos relacionados con la naturaleza del empleo y las actividades de los «pobres» que es preciso revisar críticamente. A continuación, nos centramos en tres «hechos» que aparecen repetidos en la inmensa mayoría de los perfiles nacionales de pobreza en África, así como en muchos estudios institucionales y académicos sobre la cuestión.

²⁴ Véase Sender *et al.* (2005) para varios indicadores de la fuerza de trabajo y la diversidad existente entre y dentro de países subsaharianos.

1) *Los pobres en África son generalmente autoempleados o microempresarios.*

Muchas organizaciones plantean justamente que la pobreza en África no es una pobreza de «desempleados» sino una pobreza de los trabajadores. La UNECA (2005), entre otras organizaciones, destaca los niveles de pobreza existentes en los colectivos de personas activas y empleadas de una u otra forma, destacando así la importancia que tienen los bajísimos rendimientos del trabajo como causa inmediata de la pobreza en el continente²⁵. No cabe duda de que en un contexto de pobreza generalizada el desempleo no puede considerarse como una opción. Los pobres no se pueden permitir el lujo de estar desempleados, algo que se dice no sólo en el contexto africano sino también en otros países en desarrollo, incluidos algunos de los más dinámicos, como la India (Ghose, 2004). Por tanto, el estudio de la relación entre pobreza y empleo debe plantearse desde esta premisa y con el objetivo de distinguir distintos colectivos de trabajadores, por segmentos, en términos de sectores de actividad, estatus de empleo, escala de los establecimientos, tipo de mercado al que la actividad se dirige, relaciones con el Estado, relaciones de género, edad, entre muchos otros factores. La diferenciación social está íntimamente ligada a la diferenciación de las relaciones de trabajo y a la segmentación de los mercados de trabajo.

Ahora bien, lo que parece peculiar del contexto de África Subsahariana si se compara con la mayoría de los países en desarrollo en América Latina o Asia es que la mayoría de los trabajadores, y especialmente los pobres, aparecen normalmente clasificados como autoempleados o por cuenta propia (*self-employed*) o bien como trabajadores familiares sin remuneración (especialmente en la agricultura). Esta categorización se ha generalizado bastante, a partir de las encuestas nacionales de hogares de la mayoría de los países de la región. Quizá las excepciones principales se encuentren en economías en principio más estructuradas, como las de África Austral, y especialmente Sudáfrica, Botsuana, Zimbabue (antes de la crisis) y las «microeconomías» de Lesotho y Suazilandia. En estos países los mercados de trabajo están más estructurados alrededor de una relación de empleo más estable y estándar. En cambio las relaciones laborales de autoempleo y trabajo familiar se califican con frecuencia por las organizaciones internacionales y estudios convencionales como «disfrazadas» u «objetivamente ambiguas» (Theron, 2005, p. 294). No hay un uso consistente de las palabras «trabajo» y «empleo», mientras que el trabajo por cuenta propia o el «autoempleo» resultan categorías residuales cuando la relación no se declara o es ambigua. La «relación laboral estándar» supone varias características que con frecuencia no se dan en África y que por eso acaba por reformularse como categorías alternativas mal definidas (Wuyts, 2001). Estas características son (Theron, 2005): empleo a tiempo completo para un solo empleador; empleo que tiene lugar en el lugar de trabajo propiedad del empleador; existencia de un contrato de empleo para un periodo definido y, a menudo, a tiempo indeterminado. El problema es que no ha habido una adaptación de la legislación vigente y de los servicios de estadísticas oficiales a: (a) las características particulares

²⁵ En la mayoría de los países las tasas estimadas de desempleo suelen estar alrededor o por debajo del 10% (véase cuadro 1 y comentarios más abajo).

de los mercados de trabajo africanos, y (b) los cambios que, con la globalización capitalista neoliberal que se dado desde los años 80, se han generalizado y que en muchos países africanos ha llevado a la erosión aún mayor de la «relación laboral estándar».

Un problema importante reside en el hecho de que tanto los hogares más ricos como las familias o personas que no tienen una residencia «fija», por tanto trabajadores emigrantes temporales que viven en el lugar de trabajo, en el mismo tajo de construcción, en hostales o pensiones, o bajo diversas formas de alojamiento ilegal, simplemente quedan fuera de las encuestas nacionales. Este tipo de trabajadores y familias tienen características particulares, por lo que su omisión en las encuestas supone sesgos importantes, que afectan las estimaciones de ingresos y consumo pero también la importancia relativa del trabajo asalariado, para los más móviles (Palmer y Sender, 2006; Sender *et al.*, 2005).

El otro factor que induce al sesgo es que las encuestas no están diseñadas para captar la *multiplicidad* de actividades y empleos que caracteriza a la mayoría de africanos pobres (y no pobres), debido a la excesiva confianza en cuestionarios diseñados en contextos de «relación de empleo estándar», donde el estatus de empleo puede definirse en relación a la semana precedente a la entrevista. Esto implica que en realidad no está claro si se recogen datos sobre la actividad que más ingresos genera al año o simplemente sobre la actividad que elige el entrevistado para «presentarse» al entrevistador²⁶. Además, la dependencia de una u otra forma de empleo suele ser muy contingente a las circunstancias específicas del momento o del año en que se realiza la encuesta y las actividades que son más irregulares, aunque importantes como fuentes de ingresos, no se captan fácilmente en encuestas realizadas con tiempo limitado.

Finalmente, parte del problema reside en el sesgo con que se plantean las preguntas a la hora de recoger datos sobre empleo asalariado eventual o «informal». Por un lado, los entrevistadores, mal formados, suelen ya partir del principio de que determinados individuos o familias tienen una ocupación típica (agricultores por cuenta propia) y no se preocupan de realizar las comprobaciones pertinentes en una encuesta (*probing*). Por otro lado, de acuerdo con la experiencia de trabajo de campo de estudios de relaciones sociales y de trabajo en zonas rurales africanas, existen estigmas asociados al trabajo asalariado casual, especialmente cuando se realiza para vecinos y se trata de trabajos agrícolas manuales. Hemos encontrado estos sesgos «culturales» en estudios en Mozambique, Senegal y Mauritania. Hace casi cuarenta años, Polly Hill (1968, p. 247), una de las primeras economistas «de campo» en destapar algunas de las peculiaridades de las formaciones sociales rurales africanas destacó que en Nigeria los «hombres mayores de edad, en particular, se avergüenzan de reconocer que trabajan en los campos de otros; nuestros informantes eran muy conscientes de que es normalmente la pobreza lo que les lleva a hacerlo».

No obstante, los diseñadores de encuestas han ignorado estos rasgos esenciales y han optado por métodos apropiados a contextos de economías capitalistas estructuradas y avanzadas donde la relación salarial es estable y no tiene connotaciones par-

²⁶ Véase Reardon (1997) sobre la importancia de la diversificación y multiplicidad de actividades y las ambigüedades a la hora de definir el estatus de muchas de estas ocupaciones.

ticulares. No es de extrañar que sólo en determinados países este tipo de encuestas ayuden a entender las estructuras productivas y de empleo, en comparación con la mayoría de los países del continente. Sin duda, una de las consecuencias de estos sesgos y anomalías metodológicas es la enorme proporción de personas activas que se declaran «autoempleadas» y la invisibilidad de las actividades asalariadas (Sender, 2003)²⁷.

2) *Los pobres son normalmente pequeños campesinos de «subsistencia»:*

a) *La gran mayoría de pequeños productores agrícolas son pobres.*

b) *Los africanos que dependen de empleo asalariado no son pobres, sino más bien «trabajadores aristócratas».*

Como corolario del sesgo anterior aparece la idea constantemente repetida de que la mayoría de los pobres se encuentra en zonas rurales y vive de la agricultura de pequeña escala y/o subsistencia. No solo el BM y la mayoría de las agencias donantes sino también una multitud de ONG y buena parte de los gobiernos en África se aferran a esta generalización, ignorando la abundante literatura académica (pasada y presente) que muestra que esta imagen es sesgada y poco útil (Sender, 2003).

Las organizaciones internacionales y donantes, como el BM, DFID, FAO, USAID o NEPAD, han contribuido a la creación de un «consenso» alrededor de la idea de que los pobres son fundamentalmente pequeños productores campesinos (explotaciones familiares) y que el mecanismo más efectivo de reducción de la pobreza es el del aumento de la productividad de estos campesinos (Irz *et al.*, 2001). Algunas citas corroboran este *consenso*: «Hay una evidencia empírica muy sustancial que demuestra que el aumento de la productividad agrícola ha beneficiado a millones de personas a través de mayores ingresos, alimentos más baratos y en mayor cantidad, y generando patrones de desarrollo más intensivos en trabajo y que benefician a zonas tanto rurales como urbanas» (DFID, 2005).

Pero existen muchos estudios que no comparten este «consenso». Hay varios economistas que han recomendado estrategias de desarrollo y empleo diversas para diferentes grupos de países africanos, en las que no asignan ningún papel claro, y mucho menos dominante, al sector de las explotaciones de pequeños campesinos, trabajadas de forma familiar (Collier y Connell, 2005). Por otro lado, varios estudios recientes han constatado la grande y creciente importancia de las fuentes de ingresos no agrícolas en las zonas rurales y la complejidad de las formas de subsistencia de familias e individuos en varios contextos rurales africanos, en una tendencia que se ha venido a denominar «desagrarización» (Bryceson *et al.*, 2000; Reardon, 1997)²⁸. Además, hay cada vez más estudios que demuestran que la categoría social de pequeños agricultores (o «sector agrícola familiar») es poco útil, porque la heterogeneidad y diferenciación dentro de la misma es cada vez más acusada, por lo que se puede encontrar in-

²⁷ Dos ejemplos básicos de colectivos de trabajadores sistemáticamente «invisibles» en las estadísticas oficiales de pobreza y empleo en África son los del trabajo doméstico y los trabajadores agrícolas temporales, dos categorías que precisamente suelen incluir personas extremadamente pobres.

²⁸ Véase el capítulo sobre agricultura en este volumen.

cluidos en este mismo colectivo tanto pobres extremos (que dependen de diversas fuentes de ingresos y apenas pueden sobrevivir con su propia producción)²⁹ como familias con capacidades de acumulación, intensificación productiva e incluso creación de empleo estacional³⁰. Por tanto, su consideración como «grupo prioritario» deja mucho que desear en términos estratégicos, a menos que se hagan distinciones empíricamente válidas.

Por otro lado, la desigual pero constante penetración de las relaciones capitalistas de intercambio y producción y la creciente «comodificación» (conversión en bienes comercializados) de los alimentos hacen cada vez menos viable y plausible que los «pobres» sobrevivan sólo sobre la base de su propia producción (como agricultores de subsistencia). Precisamente, los más pobres en zonas rurales africanas suelen ser dependientes de la adquisición de alimentos por la vía del mercado, especialmente en los meses de «hambre», cuando los precios son más altos (Devereux, 2001)³¹. Una parte relativamente numerosa de los llamados «agricultores de pequeña escala» en realidad trabajan en unidades agrícolas prácticamente inviables (muy pobres en recursos y marginales, según las varias definiciones), cuyos miembros están obligados a vender su fuerza de trabajo de manera temporal y esporádica a cambio de dinero o directamente de alimentos (Barrett *et al.*, 2001; Sender, 2003; Swindell, 1985). Por tanto, de todos estos estudios de nivel micro se desprenden dos ideas alternativas al consenso. Primero, no todos los pobres ni los más pobres son simplemente pequeños agricultores de subsistencia que precisan aumentar la productividad de sus explotaciones. Segundo, dentro de la clase de los *más pobres y vulnerables*, especialmente en zonas rurales, existe una clara dependencia de la comida comprada en los mercados (y a veces de las «ayudas») y del dinero (o pagos en especie) provenientes de un sinfín de actividades, frecuentemente asalariadas y casuales, que varían de un día a otro, de un año para otro. Estos «asalariados» camuflados son muy diferentes de la «aristocracia salarial» que la literatura menciona con frecuencia para reproducir el mito aquí expuesto (Sender, 2003).

3) *El desempleo crece y uno de los problemas más acuciantes es el desempleo juvenil en las ciudades.*

Como hemos comentado antes, en contextos de pobreza (absoluta) generalizada el «desempleo» como categoría de análisis no es muy útil, simplemente porque la mayo-

²⁹ Se trata a menudo de familias con acceso a pocas tierras y sin apenas recursos para cultivarlas que dependen, según las circunstancias, de fuentes alternativas de subsistencia, como el trabajo asalariado casual o estacional, la migración periódica o semipermanente de alguno(s) miembro(s), la ayuda externa (caritativa o de agencias externas), o la constante diversificación entre actividades agrícolas y no agrícolas según las oportunidades que vayan surgiendo (Bryceson, 2000; Devereux, 2001; Baro y Batterbury, 2005).

³⁰ Véanse Barrett *et al.* (2001) y Jayne *et al.* (2003), así como capítulo sobre agricultura en este libro.

³¹ En países como Sudáfrica más de la mitad de las familias rurales no ejerce la agricultura por cuenta propia (Palmer y Sender, 2006). Según un estudio sobre la hambruna de 2002 en Malawi, la mayor parte de los pequeños campesinos era muy vulnerable a cualquier pequeño *shock* y muchos años no eran capaces de producir lo suficiente para cubrir más de cuatro meses de consumo, dejando a los mercados o las agencias estatales como las fuentes principales de alimentos para buena parte de la población rural (Devereux, 2002).

ría de la población en estado de pobreza o viviendo en condiciones cercanas a la subsistencia básica no puede permitirse el «lujo» de estar desempleada y las encuestas suelen *asumir* que en las zonas rurales todos los adultos están ocupados de alguna manera, como mínimo en tareas agrícolas por cuenta propia. Además, el término «desempleo» implica diferentes dimensiones (estado, actividad de búsqueda), y las definiciones no son consistentes entre países (Sender *et al.*, 2005, p. 74). Así, no es de extrañar que los datos oficiales sobre desempleo en África arrojen diferencias inconsistentes entre regiones (cuadro 1), que tienen poco sentido y no se pueden explicar por diferencias reales entre los mercados de empleo regionales, sino por problemas y sesgos estadísticos (Sender *et al.*, 2005, p. 48). La realidad del empleo en buena parte del AS, en las varias Áfricas de hoy en día, está caracterizada por la generalización del subempleo, del empleo precario, irregular, muy mal pagado (o con bajos rendimientos en el caso de actividades por cuenta propia) y falta de cualquier tipo de protección efectiva. Buena parte de la literatura sobre empleo en África suele centrarse en el problema del «desempleo juvenil», a pesar de estos problemas metodológicos, y de que los «desempleados juveniles» a los que se hace referencia suelen provenir de familias con mayores recursos y educación y vivir en zonas urbanas, menos desfavorecidas que las rurales (Godfrey, 2003, p. 5)³². Esta preocupación ha aumentado aún más si cabe con la asociación que se ha planteado entre el desempleo juvenil y diversas formas de violencia (criminalidad o revueltas) que han sido objeto de análisis en los últimos años. ¿Pero es el desempleo juvenil el rasgo más característico de los mercados de empleo en África?

No hay duda de que la realidad del empleo precario, irregular y mal pagado, afecta a varias capas generacionales pero los jóvenes suelen ser víctimas propicias, especialmente en zonas urbanas. En muchos países de África Occidental, por ejemplo, se difunde el fenómeno del «aprendiz». Generalmente un joven (adolescente) soltero que tiene como única opción de entrada en el mercado de trabajo la de emplearse como «aprendiz», puede llegar a trabajar varios años para un empleador (miembro de esa clase amorfa y tan citada de «microempresarios» o «PYMES»), que se aprovecha del exceso de mano de obra disponible (la creciente reserva de mano de obra generada por el campo y la urbanización) ofreciendo un «empleo» sin remuneración, a cambio de una formación. La idea es que algunos de estos micro-negocios pueden guardar secretos y habilidades que los jóvenes trabajadores lleguen a adquirir para replicar la experiencia de su empleador y abrir negocios semejantes por su cuenta. La realidad, sin embargo, es que estos patrones de empleo se reproducen y muchos jóvenes quedan atascados en estas actividades de las que apenas sacan algún rendimiento esporádico, a menudo merced del «paternalismo» del empleador.

Al fenómeno del «aprendiz» se le une la proliferación de jóvenes que se buscan la vida como vendedores ambulantes (a menudo a comisión o como asalariados «disfrazados» de comerciantes experimentados) y de otros que están en un constante proceso de búsqueda del jornal diario (en actividades muy dispares a lo largo del

³² Muchos otros estudios, e incluso organizaciones que fomentan este mito, como la OIT, reconocen este hecho empírico (véase Sender *et al.*, 2005, p. 48).

año). En este contexto es difícil concebir la idea de que existe un desempleo galopante entre los jóvenes más desfavorecidos. En este «mito», en realidad, el término «desempleo» se utiliza implícitamente en referencia a la falta de un empleo de calidad, regulado, protegido, razonablemente pagado, etcétera. Por eso es una categoría de análisis equívoca. Los jóvenes más desfavorecidos y vulnerables son precisamente los que no tienen más remedio que trabajar en las ocupaciones de «aprendices», explotados por microempresarios informales o incluso por familiares de la ciudad, que viven al día, obligados a una constante movilidad, y que apenas tienen tiempo de registrarse en oficinas de desempleo (que en la mayoría de los países no existen) o de asistir a cursos de formación profesional³³.

De hecho, el énfasis convencional en la formación vocacional y los programas de formación para sacar a los jóvenes de las calles peca de exceso de optimismo y de falta de evaluación rigurosa de los muchos programas aplicados en esta línea en África. No es de extrañar que sean los jóvenes relativamente *menos* desfavorecidos los que más se benefician de estos programas, especialmente porque tienen más tiempo disponible que los más pobres que, al contrario, están obligados a trabajar o buscar trabajo día tras día (Sender *et al.*, 2005, p. 48, citando a Bennell, 1999). Así, las políticas para retener a los alumnos en las escuelas y reducir la tasa de abandono deberían tener mayor prioridad que los programas cortos de formación vocacional que tanto gustan a las ONG (Godfrey, 2003; Sender *et al.*, 2005, pp. 46-49)³⁴.

Conclusiones

Este capítulo ha tratado de uno de los temas que más atención ha atraído en los últimos años. Buena parte de la reflexión y las acciones de cooperación al desarrollo en África ha girado en torno al análisis de la pobreza y la elaboración de estrategias de reducción de la pobreza absoluta (PRSP). Sin embargo, todo este interés no ha servido gran cosa para incrementar cualitativamente nuestros conocimientos sobre las dinámicas de pobreza, exclusión social, empleo e informalización. Sí ha contribuido a crear y reproducir una serie de mitos, aparentemente basados en hechos empíricos, que han sesgado los análisis y prioridades en materia de reducción o erradicación de la pobreza en África.

Hemos planteado que la pobreza debe analizarse, en primer lugar, desde una perspectiva histórica, lo que nos permite constatar que no es un fenómeno nuevo pero sí cambiante y contingente en cada momento histórico. Hemos revisado críticamente algunos de los mitos e ideas más repetidas por la literatura más influyente en la materia y expuesto algunas de las razones metodológicas e ideológicas que subyacen a estos mi-

³³ Véase el buen trabajo de Meagher (1995) sobre las realidades del empleo informal en zonas urbanas de África.

³⁴ De hecho, lo que los trabajadores más pobres precisan para entrar en el mercado de empleo, según encuestas de empleadores, son habilidades muy básicas de alfabetización y capacidades de cálculo, que se pueden aprender en la escuela primaria (Godfrey, 2003, p. 13).

tos. En gran medida, a pesar de las inversiones de tantas instituciones en encuestas y estudios, en realidad aún sabemos poco sobre las dinámicas de pobreza en África, cómo las poblaciones entran en o salen de una situación de pobreza extrema y cómo negocian los variados y fluidos espacios de su reproducción social en contextos donde incluso se da la acumulación (a pequeña y gran escala)³⁵. Finalmente, hemos revisado también problemas en la conceptualización y estimación de los indicadores de empleo, especialmente en su relación con estados de pobreza. El conocimiento desagregado y cuidadoso de la variedad de formas y mercados de empleo y cómo afectan a clases de trabajadores muy diferentes es esencial para cualquier estrategia de reducción de la pobreza. Las prioridades de la intervención para ayudar a salir de la pobreza a un trabajador emigrante agrícola temporal son muy diferentes de las necesarias para mejorar las condiciones de vida de los vendedores ambulantes en las ciudades o de los agricultores que generan mínimos excedentes agrícolas para su reproducción. Por tanto, es imperativo que se eviten las generalizaciones basadas en la reproducción de mitos de dudosa validez estadística y se invierta más en explorar la diversidad y sus implicaciones.

Bibliografía

- BANCO MUNDIAL (2000), *World Development Report, 2000/2001: Attacking Poverty*, Washington D.C.
- BARO, M. y BATTERBURY, S. (2005), «Land-based Livelihoods», en B. Wisner, C. Toulmin y R. Chitiga (eds.), *Towards a New Map of Africa*, Londres, Earthscan.
- BARRETT, C. B., BEZUNEH, M., CLAY, D. C. Y REARDON, T. (2001), *Heterogeneous Constraints, Incentives and Income Diversification Strategies in Rural Africa*, Department of Applied Economics and Management Working Paper, WP 2001-25, Ithaca, Cornell University.
- BEALL, J., KANJI, N. y TACOLI, C. (1999), «African Urban Livelihoods: Straddling the Urban-Rural Divide», en S. Jones y N. Nelson (eds.) *Urban Poverty in Africa: From Understanding to Alleviation*, Londres, IT Publications.
- BRYCESON, KAY, C. y MOOIJ, J. (eds.) (2000), *Disappearing Peasantries? Rural Labour in Africa, Asia and Latin America*, Londres, ITDG Publishing.
- COLLIER, P. y O'CONNELL, S. (2005), «Chapter 2: Opportunities, choices and syndromes», Paper presented at the AERC/Harvard workshop on Explaining African Economic Growth, Weatherhead Center, March 17-18 2005.
- CORNIA, G. A., JOLLY, R. y STEWART, F. (1987), *Adjustment with a human face*, Oxford, Oxford University Press.
- DEATON, A. y PAXSON, C. (1998), «Economies of Scale, Household Size and the Demand for Food», *Journal of Political Economy* 106, 5, pp. 897-930.
- DEVEREUX, S. (2001), «Famine in Africa», en S. Devereux y S. Maxwell (eds.), *Food Security in Sub-Saharan Africa*, Londres, ITDG, pp. 117-148.

³⁵ Un raro ejemplo de estudio que presenta este tipo de evidencia empírica y análisis es Peters (2006) y otros artículos en el mismo número de esa revista.

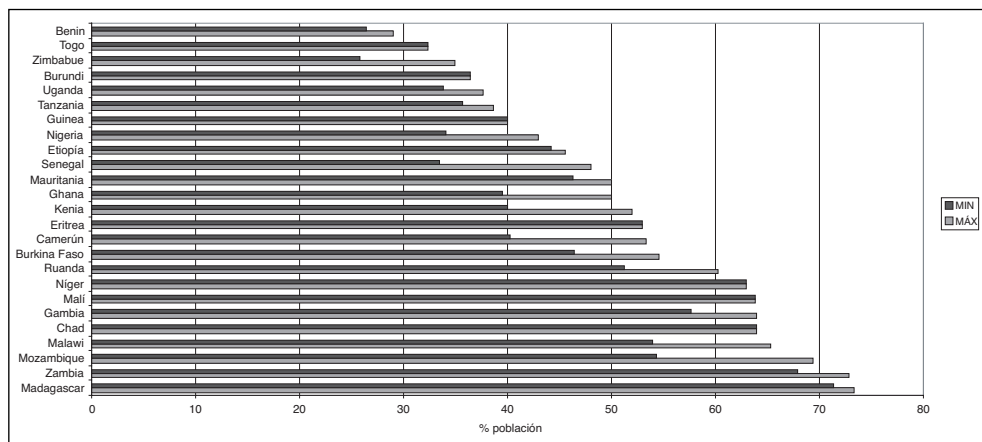
- DEVEREUX, S. (2002), *State of Disaster: Causes, Consequences and Policy Lessons from Malawi*, Action Aid report, Malawi.
- DFID (2005), *Growth and poverty reduction: the role of agriculture*, Londres, UK Department for International Development.
- DRÈZE, J. y SRINIVASAN, P. V. (1997), «Widowhood and poverty in rural India: Some inferences from household survey data», *Journal of Development Economics* 54, pp. 217-234.
- GHAI, D. y RADWAN, S. (1983), «Agrarian change, differentiation and rural poverty in Africa: a general survey», en D. Ghai y S. Radwan (eds.), *Agrarian policies and rural poverty in Africa*, Ginebra, OIT, pp. 1-30.
- GHOSE, A. K. (2004), «The Employment Challenge in India», *Economic and Political Weekly* 27 (noviembre), pp. 5.107-5.116.
- GODFREY, M. (2003), *Youth Employment Policy in Developing and Transition Countries - Prevention as Well as Cure*, Social Protection Discussion Paper Series, 0320, Washington, D.C., The World Bank.
- GUYER, J. y PETERS, P. (1987), «Conceptualizing the Household: Issues of Theory and Policy in Africa», *Development and Change* 18, 2.
- GWATKIN, D. y RUTSTEIN, S. (2000), *Socioeconomic Differences in Health, Nutrition, and Population*, Washington, World Bank.
- HANMER, L., PYATT, G. y WHITE, H. (1999), «What do the World Bank's Poverty Assessments teach us about Poverty in Sub-Saharan Africa?», *Development and Change* 30, 4, pp. 795-823.
- HILL, P. (1968), «The Myth of the Amorphous Peasantry: A Northern Nigerian Case Study», *Nigerian Journal of Economic and Social Studies* 10, pp. 239-260.
- HODDINOTT, J. (2006), «Shocks and their Consequences Across and Within Households in Rural Zimbabwe», *Journal of Development Studies* 42, 2, pp. 301-321.
- HUGON, P. (1999), *L'économie d'Afrique*, París, La Découverte.
- ILIFFE, J. (1987), *The African Poor: A History*, Cambridge, Cambridge University Press.
- IRZ, X., LIN, L., THIRTLE, C. y WIGGINS, S. (2001), «Agricultural productivity growth and poverty alleviation», *Development Policy Review* 19, 4, pp. 449-466.
- LANJOW, P., MILANOVIC, B. y PATERNOSTRO, S. (1998), «Poverty and the economic transition: how do changes in economies of scale affect poverty rates for different households?», *Policy Research Working Paper Series*, n. 2009, World Bank.
- LANJOW, P. y RAVALLION, M. (1995), «Poverty and household size», *Economic Journal* 105, pp. 1415-1434.
- MEAGHER, K. (1995), «Crisis, Informalization and the Urban Informal Sector in Sub-Saharan Africa», *Development and Change* 26, 2, pp. 259-284.
- MINISTERIO DO PLANO E FINANÇAS (MPF), IFPRI y UNIVERSIDAD DE PURDUE (2004), *Pobreza e Bem-Estar em Moçambique: Segunda Avaliação Nacional*, Maputo, Moçambique.
- NELSON, P. (1999), «Urban Poverty in Africa: A Historical Perspective», en *Urban Poverty in Africa*, cit., pp. 1-8.
- OIT, ORGANIZACION INTERNACIONAL DEL TRABAJO (2004), *Global Employment Trends 2003*, Ginebra, OIT.

- O'LAUGHLIN, B. (1995), «Myth of the African Family in the World of Development», en D. Bryceson (ed.), *Women Wielding the Hoe: Lessons from Rural Africa for Feminist Theory and Development Practice*, Berg, Oxford, capítulo 4.
- (2007), «A Bigger Piece of a Very Small Pie: Intrahousehold Resource Allocation and Poverty Reduction in Africa», *Development and Change* 38, 1, pp. 21-44.
- OSMANI, S.R. (2003), «Exploring the employment nexus: topics in employment and poverty», Informe preparado para la Task Force del *Joint ILO-UNDP Programme on Employment and Poverty*, OIT.
- PALMER, K. y SENDER, J. (2006), «Prospects for On-Farm Self Employment and Poverty Reduction: An Analysis of the South African Income and Expenditure Survey 2000», Paper for conference on *Land, Poverty, Social Justice and Development*, Institute of Social Studies, La Haya, 12-14 de enero de 2006.
- PETERS, P. (2006), «Rural income and poverty in a time of radical change in Malawi», *Journal of Development Studies* 42, 2, pp. 322-345.
- REARDON, T. (1997), «Using Evidence of Household Income Diversification to Inform Study of the Rural Nonfarm Labor Market in Africa», *World Development* 25, 5, pp. 735-747.
- SAHN, D. E. y STIFEL, D. C. (2000), «Poverty Comparisons Over Time and Across Countries in Africa», *World Development* 28, 2, pp. 2.123-2.155.
- SENDER, J. (2002), «Re-Assessing the Role of the World Bank in Sub-Saharan Africa», en J. Pincus y J. Winters (eds.) *Reinventing the World Bank*, Londres e Ithaca, Cornell University Press, pp. 185-202.
- (2003), «Rural Poverty and Gender: Analytical Frameworks and Policy Proposals», en H. J. Chang (ed.), *Rethinking Development Economics*, Londres, Anthem Press, capítulo 18.
- SENDER, J. y SMITH, S. (1990), *Poverty, class and gender in rural Africa: A Tanzanian case study*, Londres, Routledge.
- SENDER, J., CRAMER, C. y OYA, C. (2005), *Unequal Prospects: Disparities in the Quantity and Quality of Labour Supply in sub-Saharan Africa*, Social Protection Discussion Paper Series, No. 0525, World Bank, Washington.
- SWINDELL, K. (1985) *Farm Labour*, Cambridge, Cambridge University Press.
- THERON, J. (2005), «Employment is not what it used to be: The nature and impact of work restructuring in South Africa», en E. Webster y K. Van Holdt (eds.), *Beyond the Apartheid Workplace: Studies in Transition*, Scottsville, University of Kwa-Zulu-Natal Press, pp. 293-316.
- UNCTAD (2002), *The Least Developed Countries Report: Escaping the Poverty Trap*, Ginebra y Nueva York.
- UNECA (UNITED NATIONS ECONOMIC COMMISSION FOR AFRICA) (2005), *Economic Report 2005*, Addis Abeba.
- WHITE, H. (2002), «Combining Quantitative and Qualitative Approaches in Poverty Analysis», *World Development* 30, 3, pp. 511-522.
- WHITEHEAD, A. (2006), «Persistent poverty in North East Ghana», *Journal of Development Studies* 42, 2, pp. 278-300.

WUYTS, M. (2001), «Inequality and Poverty as the Condition of Labour», Draft paper prepared for the discussion at the UNRISD meeting on «The Need to Rethink Development Economics», 7-8 de septiembre de 2001, Ciudad del Cabo.

Anexo estadístico

Gráfico 1. Pobreza absoluta: incidencia bajo línea de pobreza «nacional», 1990-2004



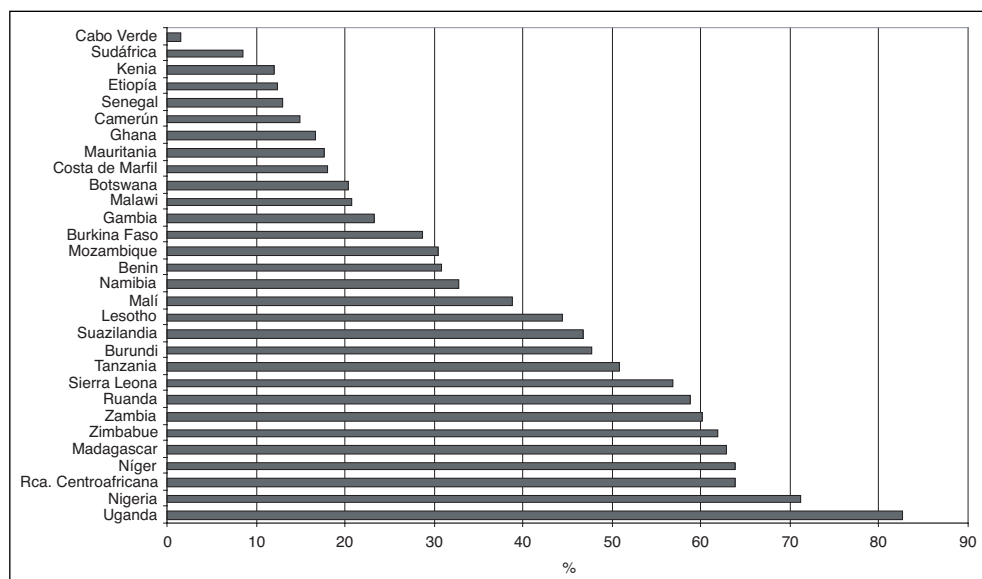
Fuente: elaboración propia a partir de datos del BM (*World Development Indicators*).

Gráfico 2. Indicadores agregados de pobreza absoluta en África



Fuente: elaboración propia a partir de datos del BM (*World Development Indicators*).

**Gráfico 3. Incidencia de la pobreza en 2004 por país
(línea internacional y extrapolaciones alternativas - PovCal)**



Fuente: elaboración propia a partir de datos del BM (PovCal).

Cuadro 1. Diferencias en tasas estimadas de desempleo por región

	Unemployment Rate (%)		
	1993	2002	2003
<i>África Oriental</i>	10,3	10,9	11,0
<i>África Central</i>	12,8	9,3	9,4
<i>África Meridional</i>	27,1	30,1	31,6
<i>África Occidental</i>	7,1	6,8	6,7

Fuente: OIT 2004, extraído del cuadro 6.1.